Tal era su peso y el de su armadura, que el ruido que hizo con el golpe resonó hasta en las montañas. Tomé sus despojos, y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor desbaratenó á los enemigos, los destrozó, ahuyentando á los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como á un hombre querido é inspirado de los dioses: y Acestes, á impulsos del agradecimiento, nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvian á Sicilia. Para evitarle, nos dió una en que pudiésemos restituirnos á nuestra patria, nos colmó de presentes, y nos instó á que sin dilacion partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nacion, porque sin duda hubiera sido esponerlos demasiado, llegado que hubieran á las costas de Grecia. Diónos si unos comerciantes fenicios, los cuales, por estar en tráfico con todas las naciones del mundo, nada tenian que temer: y al mismo tiempo iban encargados de volver el navío á Acestes luego que nos hubiesen dejado en Itaca.

Pero los dioses, que se burlan de los designios de los mortales, nos reservaban para nuevos peligros.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que fue cogido por la armada de Sesostris en el navío tirio, y llevado cautivo á Egipto; pinta la hermosura de aquel pais, y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fue hecho esclavo tambien, y enviado á Etiopia, y que él mismo se vió reducido á guardar un rebaño en el desierto de Oasis; que Termosiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole á que imitase á este dios cuando fue pastor del rey Admeto. Cuenta tambien que, sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar; y persuadido de su inocencia, le prometió restituirle á Itaca; pero que la muerte del rey le volvió á sumergir en nuevas desgracias; que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los Tirios.

Irritado tenia la altivez de los Tirios al gran Sesostris, rey de Egipto, y conquistador de tantos reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirian, y con la seguridad que les ofrecia la inconquistable Tiro, situada en el mar, se habian engreido hasta negarle el tributo que les impuso á la vuelta de sus conquistas, y hasta el estremo de proveer de tropas á su hermano, que á su regreso intentó asesinarle entre los regocijos de un festin.

Para abatir su orgullo, dispuso Sesostris interceptarles el comercio en todos los mares, á cuyo fin cruzaban sus navíos por todas partes en busca de los Fenicios. Dímos con una flota egipcia cuando empezábamos á perder de vista las montañas de Sicilia, y cuando el puerto y la tierra huian al parecer de nosotros, perdiéndose en los mares. Acercábanse á nosotros los bajeles de los Egipcios cual una ciudad flotante. Reco

nociéronlos los fenicios, y quisieron alejarse; pero ya no era tiempo, porque sus naves eran mas veleras, las favorecia el viento, y estaban mejor tripuladas de remeros: por último nos abordan, nos apresan y nos llevan prisioneros á Egipto.

En vano les hice presente que no éramos fenicios pues apenas se dignaron oirme, teniéndonos desde luego por esclavos, en que los fenicios comerciaban; y no solo pensaban en el valor de la presa. Ya alcanzamos á ver las aguas del mar, blancas con la mezcla de las de Nilo, y vimos tambien la costa de Egipto casi tan baja como el mismo mar. Despues llegamos á la isla de Faros, inmediata á la ciudad de No, y desde allí subimos por el Nilo hasta Ménfis

Si el dolor de vernos cautivos no nos hubiese hecho insensibles á todo placer, seguramente hubiéramos sentido el mayor al ver la tierra de Egipto tan fértil y bien cultivada como el mas hermoso jardin, regado por un sin número de canales Por cualquiera de las dos riberas que tendíamos la vista, se nos ofrecian ciudades opulentas, casas de campo bellamente situadas, tierras que todos los años se cubren de doradas espigas, sin estar jamás de descanso, praderas pobladas de ganados, labradores enriquecidos con las abundantes cosechas que les daba la fecundidad del suelo, pastores que á todos los ecos de aquellos contornos hacian repetir los acordes sonidos de las flautas y zampoñas.

Feliz, decia Mentor, feliz el pueblo gobernado por un rey sabio! Vive en la abundancia, en medio de la dicha, y ama al autor de su felicidad. Así es, me dijo, como debes reinar y causar la alegría de tus vasallos, si es que algun dia quieren los dioses que llegues á poseer el reino de tu padre. Amalos como á tus propios hijos, complácete en ser amado de ellos, y haz de modo que cuando gocen de los preciosos dones de la paz y de la alegría, se acuerden precisamente que es de un buen rey de quien los reciben. Los reyes que solo piensan en hacerse temibles y obtener de la opresion la obediencia son el azote del género humano: logran sí ser temidos como desean, pero tambien son aborrecidos y detes-

tados; y es mucho mas lo que tienen que temer de sus vasallos, que lo que sus vasallos tienen que temer de ellos

No es ahora tiempo, respondia á Mentor, de pensar en las máximas segun las cuales se ha de reinar; ya no hay Itaca para nosotros; no volverémos á ver nuestra patria, ni á mi madre Penélope: y aun cuando Ulises volviese lleno de gloria á su reino, ni él tendria la satisfaccion de verme, ni yo la de obedecerle para aprender á mandar. Muramos, mi querido Mentor, que es lo único en que debemos pensar; muramos, pues que los dioses no se apiadan de nosotros.

Asi hablaba, y profundos suspiros interrumpian mis palabras. Pero Mentor, que solo temia los males antes que llegasen, y, ya en ellos, no sabia que cosa era temerlos: ¡Indigno hijo del sábio Ulises! me dijo, qué es esto! así es como sucumbes á la desgracia! Sabe que llegará el dia en que vuelvas á ver á Itaca y á Penélope: sabe que tambien verás en su gloria primera al que hasta ahora no has conocido, al invencible Ulises, superior á todas las desgracias, y que en sus infortunios, harto mayores que los tuyos, te enseña á que jamás te abatas. Cuál fuera su desconsuelo, si allá, en las lejanas tierras adonde le ha arrojado la borrasca, supiese que su hijo no imitaba su paciencia ni su valor, esta nueva, despues de cubrirle de vergüenza, era preciso que le fuese mas sensible que todas las desgracias que tanto tiempo hace está sufriendo.

Despues me iba haciendo notar la alegría y la abundancia que rebosaban por toda la campiña de Egipto, en la cual se contaban hasta veinte y dos mil ciudades: admiraba su buena policía, la justicia administrada á favor del pobre contra el rico, la buena educacion de los jóvenes, á quienes se les acostumbraba á la obediencia, al trabajo, á la sobriedad y al amor de las artes ó de las letras; la exactitud en todas las ceremonias de la religion, el desinterés, el deseo de la honra, la fidelidad para con los hombres, y el temor de los dioses que cada padre inspiraba á sus hijos. No se cansaba de admirar un órden tan excelente. Feliz, me decia á cada instante, feliz el pueblo que es así gobernado por un

rey sabio; y mucho mas feliz todavía el rey que proporciona la felicidad á tantos pueblos, y que solo funda la suya en su virtud propia! Él tiene sujetados los hombres con un vínculo cien veces mas fuerte que el del miedo; es el del amor. No solo le obedecen, sino que gustan de obedecerle. Reina en los corazones todos, cada uno, muy lejos de querer su muerte, teme perderle, y daria por él su vida.

Iba yo notando cuanto me decia Mentor, y sentia que al paso que me hablaba, mi valor renacia en mis corazon.

Inmediatamente que llegamos á Ménfis, opulenta y magnífica ciudad, mandó el gobernador que fuésemos á Tebas, para que nos presentasen al rey Sesostris, que queria examinar las cosas por sí mismo, y que estaba muy resentido de los tirios. Proseguimos pues nuestro viage subiendo por el Nilo hasta la famosa Tebas de cien puertas, corte de aquel gran rey. Esta ciudad nos pareció de una inmensa estension, y mas poblada que las mas florecientes de Grecia. Es admirable su policía, así por el aseo de las calles, el curso de las aguas y la comodidad de los baños, como por la cultura de las artes y la seguridad pública Las plazas están adornadas de fuentes y obeliscos, los templos son de mármol, y su arquitectura sencilla, pero magestuosa. El palacio del príncipe es por sí solo como una gran ciudad: en él no se ven sino columnas de marmol, pirámides y obeliscos, estatuas colosales, y muebles de plata y oro macizo.

Los que nos habian apresado, dijeron al rey que habíamos sido hallados en un navío fenicio. Tenia señaladas ciertas horas diarias para oir á cualquiera de sus vasallos que tuviese alguna queja ó aviso que darle: á ninguno despreciaba ni desechaba, porque estaba bien persuadido de que solo era rey para hacer bien á todos sus vasallos, á los cuales amaba como á sus propios hijos. Recibia á los estrangeros con agrado, y gustaba de verlos, no dudando que siempre se aprende algo útil imponiéndose de las costumbres y usos de los pueblos lejanos.

Esta curiosidad del rey fué causa de que nos presentasen á él. Estaba sentado sobre un trono de marfil, con

un cetro de oro en la mano. Era ya anciano, pero agradable y lleno de majestad y dulzura. Administraba justicia diariamente á sus pueblos con una paciencia y sabiduría que no necesitaban de la lisonja para ser admiradas. Despues de emplear las mañanas en el arreglo de los negocios, y en la mas exacta administracion de justicia, se divertia por las tardes en oir á los sabios, ó en conversar con los hombres mas virtuosos, que sabia muy bien elegir para admitirlos á su trato. Lo único que se le podia censurar en todo el discurso de su vida era el haber triunfado con demasiado fausto de los reyes que habia vencido, y de haberse confiado á uno de sus súbditos, cuyo carácter os describiré bien pronto. Luego que el rey me vió, se compadeció de mis pocos años preguntóme mi nombre y patria; y vimos con admiracion que la misma sabiduría hablaba por su boca.

Gran rey, le respondí, ya habeis tenido noticia del sitio de Troya, que duró diez años, y de su ruina, que tanta sangre costó á toda la Grecia. Ulises, mi padre, fue uno de los reyes que mas particularmente contribuyeron á la destruccion de aquella ciudad; mas ahora anda errante por los mares, sin hallar la isla de Itaca, que es su reino. Yo le ando buscando; mas una desgracia semejante á la suya me ha hecho caer prisionero. Restituidme á mi padre y á mi patria: así los dioses os conserven para bien de vuestros hijos, y les hagan apreciar dignamente la dicha de vivir bajo la direccion de tan buen padre. »

Continuó Sesostris mirándome con ojos compasivos; pero queriendo averiguar si era verdad lo que yo le habia dicho, nos envió á uno de sus ministros, encargándole que se informase de los que apresaron nuestra nave, si efectivamente eramos griegos ó fenicios. Si son fenicios, decia, merecen doble castigo, por ser nuestros enemigos, y mas por haber intentado engañarnos con una vil mentira: pero si por el contrario son griegos, quiero que se les trate benignamente, y que en una de mis naves se les vuelva á su patria. Soy afecto á la Grecia, porque han sido muchos los egipcios que han dado leyes en ella. Tengo noticias del valor de Hércules; la gloria de Aquiles se ha estendido hasta nosotros, y admiro cuanto me han contado de la sabi-

quería del desgraciado Ulises; es mi gusto socorrer á la virtud desgraciada.

El ministro, á quien el rey cometió el examen, tenia una alma tan corrompida y artificiosa, como sencilla y generosa era la de Sesostris. Llamábase Metofis; hízonos varias preguntas procurando sorprendernos; pero como viese que Mentor respondia con mas prudencia que yo, le miraba con aversion y desconfianza, porque es propio de los malvados irritarse contra los buenos. Por último nos separó, y desde aquel momento no supe mas de Mentor

— Esta separacion fué para mí un golpe mortal. Esperaba Metofis hallarnos en contradiccion, preguntándonos separadamente; y sobre todo creia deslumbrarme con sus lisongeras promesas, y hacerme confesar lo que Mentor le hubiese ocultado. En fin, no buscaba de buena fé la verdad: lo que queria era hallar algun pretesto con que decir al rey que éramos fenicios para hacernos sus esclavos. Con efecto á pesar de nuestra inocencia, y de la sabiduría del rey, halló medio de engañarle.

¡Ay! á cuanto no están espuestos los reyes! Aun los mas sabios son muchas veces sorprendidos: vense rodeados de hombres artificiosos é interesados; los buenos se retiran, porque ni son entremetidos ni lisongeros; esperan que los busquen, y los príncipes no saben buscarlos. Por el contrario, los malvados son atrevidos y engañosos, solícitos para insinuarse y agradar, diestros en disimular, y prontos á hacer cuanto se quiera, contra el honor y la conciencia, por satisfacer las pasiones del que reina. ¡Oh, cuan desgraciado es un rey en estar siempre espuesto á los artificios de los perversos! Perdido está si no desecha la lisonja y si no ama á los que tienen valor para decirle la verdad! Estas eran las reflexiones que hacia yo en mi desgracia; acordándome al mismo tiempo de cuanto Mentor me habia dicho.

Lo cierto fué que Metofis me envió con sus esclavos hácia los montes del desierto de Oasis á guardar con ellos sus numerosos rebaños.

Aquí llegaba Telémaco, cuando le interrumpió Ca-

ipso para preguntarle: Y bien! tú, que en Sicilia preferiste la muerte á la esclavitud, ¿qué hiciste en esta ocasion?

Mi desgracia iba siempre en aumento, le respondio Telémaco Ya no tenia ni aun el triste consuelo de escoger entre la esclavitud y la muerte. era forzoso ser esclavo, y apurar, por decirlo así, todos los rigores de la fortuna: ya no me quedaba ninguna esperanza; ni aun una palabra podia decir para procurar libertarme. Despues me ha dicho Mentor que le vendieron á unos Etiopes, los cuales se lo llevaron á Etiopia.

En cuanto á mí, llegué á unos desiertos horrorosos, donde se ven encendidos arenales, en medio de las llanuras, y en las cimas de los montes una perenne nieve que perpetúa en ellas el invierno. De modo que solo entre las rocas, al comedio de las faldas de aquellas escarpadas montañas, se halla pasto para la manutencion del ganado. Los valles son allí tan profundos que apenas consigue el sol hacer lucir en ellos sus rayos.

En este pais no hallé mas hombres que pastores tan montaraces como el pais mismo. Yo pasaba las noches en llorar mi desventura y los dias cuidando de un rebaño, por evitar el brutal furor de un esclavo principal, el cual, con la esperanza de alcanzar su libertad, acusaba sin cesar á los demas, para realzar su aficion y su celo por los intereses de su dueño. Llamábase Butis. En tal situacion era preciso rendirme á la desgracia, y así fue que un dia, oprimido de dolor, me olvidé de mi rebaño, y me tendí sobre la yerba junto á una caverna, esperando allí la muerte por serme ya insoportables mis penas.

En el mismo instante noté que todo el monte se estremecia; las encinas y los pinos como que se desgajaban de la cumbre; los vientos estaban suspensos. O que de la caverna salió una voz á manera de bramido, que me dijo estas palabras: ¡Hijo del sabio Ulises, es menester que te hagas grande con la paciencia. Los príncipes que han sido siempre felices, son bien poco dignos de serlo; la molicie los corrompe, y el orgullo los embriaga. ¡Dichoso tú, si superas tus desgra-

cias, y las tienes siempre presentes! Volverás á ver á Itaca, y tu gloria subirá hasta los astros. Cuando gobiernes á los demas hombres, acuérdate de que has sido débil, pobre y afligido como ellos: complácete en aliviarlos, ama á tu pueblo, detesta la lisonja, y sabe que solo serás grande en cuanto seas moderado, y poderoso para vencer tus pasiones.

Estas divinas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazon, é hicieron renacer en él la alegría y el esfuerzo. Yo no sentí aquel pavor que eriza los cabellos e yela la sangre en las venas cuando los dioses se comunican á los mortales; levantéme tranquilo; y puesto de rodillas, alzadas las manos al cielo, adoré á Minerva, á quien creí deber este oráculo. Inmediatamente me hallé transformado en un nuevo hombre, la sabiduría iluminaba mi entendimiento, y sentíme fortalecido para reprimir mis pasiones y contener los ímpetus de mi juventud. Grangeéme el amor de todos los pastores del desierto; y mi docilidad, mi paciencia y mi exactitud llegaron por fin á ablandar al cruel Butis, que al principio se habia empeñado en mortificarme.

Para mejor soportar el fastidio del cautiverio y de la soledad, busqué algunos libros, pues estaba rendido de tristeza por falta de alguna instruccion que pudiese alimentar mi entendimiento y animarle. ¡Felices, decia yo, aquellos á quienes disgustan los placeres violentos, y que saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente! ¡Felices los que se divierten instruyéndose y se complacen en cultivar su talento en las ciencias! Adonde quiera que la fortuna enemiga les arroje, llevan siempre consigo en que ocuparse; y el fastidio que devora á los demas hombres aun en medio de sus placeres, es desconocido de los que se emplean en la lectura. Felices mil veces los que gustan de leer, y no se ven como yo privados de la lectura!

Con estos pensamientos me interné en un bosque sombrío, donde repentinamente vi un anciano que tenia en la mano un libro. Era su frente ancha y un tanto arrugada; su blanca barba le llegaba hasta la cintura; era su estatura alta y magestuosa; su tez aun se

conservaba fresca y encarnada: sus ojos eran vivos y penetrantes, su voz suave, sus palabras sencillas y amorosas; en fin, jamás habia visto un anciano tan venerable. Llamábase Termósiris: era sacerdote de Apolo, á quien servia en un templo de mármol que los reyes de Egipto le habian consagrado en aquel bosque. El libro era una coleccion de himnos en loor de los dioses.

Acercóse a mi cariñosamente, y entramos en conversacion. Contaba tan bien las cosas pasadas, que parecia que se estaban viendo, y con tal concision, que nunca me cansé de oirle. El profundo conocimiento que tenia de los hombres y de los designios de que son capaces, le hacia prever el porvenir. En medio de su mucha gravedad era jovial y placentero, tanto que la mas festiva juventud no tiene la gracia que la ancianidad de este hombre singular: así es que amaba á los jóvenes con tal que fuesen dóciles é inclinados á la virtud.

En breve me tomó inclinacion, y me dió libros que me consolasen: llamábame hijo suyo. Yo le decia á menudo: Padre mio, los dioses que me quitaron á Mentor, se han apiadado de mí dándome en vos otro apoyo. Este hombre, semejante á Orfeo[1] ó á Lino[2], estaba sin duda inspirado de los dioses. Recitábame los versos que habia compuesto, y me daba los de muchos excelentes poetas favorecidos de las musas. Cuando se revestia de su largo manto, que era de una resplandeciente blancura, y tomaba en la mano su lira de marfil, los tigres, los leones y los osos venian á halagarle y lamerle los pies; los sátiros salian de las selvas para bailar en torno de él, hasta los árboles parece que se conmovian, y uno creyera que las rocas enternecidas iban á bajar de la cumbre de las sierras, atraidas por

1. Orfeo era hijo de Apolo y de Calíope una de las musas. Fue sobresaliente en el arte de tocar la lira.

2. Lino fue tambien hijo de Apolo y de Terpsicore. Fue aun superior á Orfeo en el arte de la música, pues le dió lecciones. Dicen que habiéndose burlado de Hércules á quien enseñaba á tocar la lira porque tocaba mal, este héroe le abrió la cabeza con este instrumento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEXICO

el encanto de sus dulces acentos. El único objeto de sus cánticos era la grandeza de los dioses, la virtud de los héroes, y la sabiduría de los hombres que prefieren la gloria á los placeres.

Decíame muchas veces que yo debia animarme, y tener confianza en que los dioses no abandonarian á Ulises ni á su hijo. Por último me persuadió que, á ejemplo de Apolo, enseñase á los pastores á cultivar las musas. Apolo, decia, indignado de que Júpiter turbase con sus rayos el cielo en los dias mas serenos, determinó vengarse de él en los cíclopes que se los forjaban, y los hirió con sus flechas. Inmediatamente cesó el Etna de vomitar torrentes de llamas; ya no se oia el golpeo de los terribles martillos que, descargando sobre el yunque, hacian estremecer las profundas cavernas de la tierra y los abismos del mar. El hierro y el bronce, como que ya no estaban pulidos por los cíclopes, comenzaban á tomarse. Furioso Vulcano sale de su fragua, y aunque cojo, sube con ligereza al Olimpo; llega bañado de sudor y cubierto de polvo á la asamblea de los dioses, y en ella espone sus amargas quejas. Irritado Júpiter contra Apolo, le arroja del cielo, y le precipita á la tierra. Su carro andaba por sí solo su ordinaria carrera, para dar á los hombres los dias y las noches y la regular alternativa de las estaciones.

Despojado Apolo de todos sus rayos, se vio en la precision de ponerse á pastor y á guardar los rebaños del rey Admeto. Divertíase en tañer la flauta; y los demas pastores venian á oir sus canciones á la sombra de los olmos, junto á una cristalina fuente. Ellos hasta entonces habian tenido una vida salvage y brutal, y no sabian mas que guiar las ovejas, esquilarlas, ordeñarlas y hacer quesos; en una palabra, toda la campiña era un horroroso desierto.

Pero bien pronto les enseñó Apolo las artes que hacen agradable la vida. Cantaba las flores con que la primavera se corona, los aromas que exhala, y el verdor que nace bajo sus huellas. Despues cantaba las alegres noches del estío, en que los céfiros recrean con su frescura, y el rocío templa la tierra. Tambien mezclaba en sus canciones los dorados frutos con que el otoño recompensa

los trabajos del labrador, y el ocio del invierno, durante el cual la alegre juventud baila al rededor de la lumbre. Pintaba en fin las selvas sombrías que cubren los montes, y los hondos valles en que los rios con sus giros variados parece que juguetean en las risueñas praderas. Asi mismo les dió á conocer cuantos son los atractivos de la vida campestre cuando se sabe disfrutar lo que la sencilla naturaleza tiene de agradable.

Muy luego se vieron los pastores mas felices con sus campoñas que los mismos reyes; y sus cabañas atraian una multitud de placeres inocentes que huyen de los palacios dorados. Los juegos, las risas y las gracias acompañaban á las inocentes pastoras. Todos los dias eran dias festivos. Allí ya no se oia mas que el gorgeo de las aves, el dulce soplar de los céfiros que se mecian en las ramas, el murmullo del agua cristalina que caia de alguna roca, ó las canciones que inspiraban las musas á los pastores que seguian á Apolo. Enseñábales este Dios á ganar el premio de la carrera, y á herir con las flechas los gamos y los ciervos. Los mismos dioses llegaron á envidiar á los pastores; esta vida pareciéndoles mas dulce que toda su gloria, volvieron á llamar á Apolo al Olimpo.

Esta historia, hijo mio, te debe servir de instruccion, pues te hallas en el mismo estado en que él se halló: desbasta esta tierra salvage; haz, como él, que florezca el desierto: enseña á los pastores el encanto de la armonía, suaviza la ferocidad de sus corazones; hazles que conozcan la virtud amable, y que sientan cuan dulce es gozar en la soledad los inocentes placeres de que nada es capaz de privar á los pastores. Dia llegará, hijo mio, llegará dia, en que las penas y crueles cuidados que rodean á los reyes harán que en el trono eches menos la vida pastoril.

Despues de decirme esto, me dió una flauta tan dulce, que los ecos de aquellos montes que la hicieron resonar por todas partes, bien pronto atrajeron al rededor de mí á todos los pastores vecinos. Mi voz tenia una armonía divina, y me sentí conmovido y como enagenado para cantar las gracias con que la naturaleza adorna el campo. Así pasábamos los dias enteros y parte de las no-

ches cantando juntos. Olvidados los pastores de sus cabañas y rebaños, estaban suspensos é inmobles al rededor de mí mientras les daba leccion: nada ya parecian tener de salvage aquellos desiertos; todo era ya en ellos agradable y risueño: la civilizacion y cultura de los habitantes parecia que ablandaba el terreno.

Juntabámonos á menudo á ofrecer sacrificios en el templo de Apolo, en el cual era Termósiris sacerdote. Iban los pastores coronados de laurel en honor del dios, y las pastoras, danzando y coronadas de flores, llevaban en la cabeza los canastillos en que iban los dones sagrados. Despues del sacrificio teníamos un banquete campestre, en el cual los mas esquisitos manjares eran la leche de las cabras y ovejas, y las frutas recien cogidas por nuestra mano, los dátiles, los higos y las uvas. Los céspedes nos servian de asientos, y los árboles frondosos nos daban una sombra mas grata que los dorados techos de los palacios reales.

Pero lo que acabó de hacerme famoso entre los pastores, fué que un dia se arrojó á mi rebaño un leon hambriento. Ya empezaba á hacer en él una horrible carnicería, cuando, sin tener á mano mas que mi cayado, me tiré á él denodadamente. Eriza el bruto su melena, me enseña dientes y garras, abre su voraz y encendida boca, lanza fuego por los ojos, y con la larga cola azota sin cesar sus hijares. No obstante logré aterrarle; la pequeña cota de malla de que iba revestido, segun el uso de los pastores egipcios, impidió que me desgarrase. Tres veces le derribé, y otras tres veces se volvió á levantar, dando tan terribles rugidos, que en todos los bosques resonaron. Por fin le ahogué entre mis brazos; y los pastores, testigos de mi victoria, me hicieron vestir la piel de aquel feroz animal.

La fama de esta accion, y la feliz mudanza de los pastores, se estendió por todos los ámbitos del Egipto, y llegó á oidos de Sesostris. Supo que uno de los dos cautivos tenidos por fenicios era el que habia hecho renacer el siglo de oro en aquellos desiertos casi inhabitables. Como el rey tenia pasion á las musas, y á todo cuanto podia servir de instruccion, quiso

verme. Me vió, y me óyo con gusto; y luego que descubrió que Metofis por su avaricia le habia engañado le condenó á prision perpetua, quitándole todas las riquezas que injustamente poseia. Ah! decia, ¡cuan desgraciado es el hombre que se ve elevado sobre los demas! Raramente le es posible ver por sí la verdad: los mismos que le rodean impiden que llegue hasta el que manda: todos tienen interés en engañarle, y todos, bajo la apariencia de celo, ocultan su ambicion. Se aparenta amar al rey, y solo se ama las riquezas que da; lo que se le ama es tan poco que, por alcanzar sus favores, se le adula y se le vende.

Desde entonces me trató Sesostris con cariño, y resolvió enviarme á Itaca con naves y tropas para librar á Penélope de sus amantes. Ya estaba pronta la flota, y ya solo pensábamos en embarcarnos. Admiraba estas mudanzas de la fortuna, que sabe elevar de un golpe á los que mas abatidos tiene. Esta esperiencia me hacia concebir la esperanza de que podria suceder muy bien que Ulises volviese á su reino despues de algun largo sufrimiento. Tambien discurria entre mí que aun podria volver á ver á Mentor, aunque le hubiesen llevado á los paises mas incógnitos de la Etiopia.

Pero en el corto tiempo que retardé mi partida, por ver si podia adquirir de él algunas noticias, murió de repente el anciano Sesostris, y su muerte volvió á sumergirme en nuevas desgracias.

Todo el Egipto se mostró inconsolable por esta pérdida. Cada familia creia haber perdido su mejor amigo, su protector, su padre ¡Jamás, esclamaban los ancianos, alzadas las manos al cielo, jamás tuvo Egipto un rey tan bueno, ni volverá jamas á tenerle! Oh dioses! ¡cuanto mejor fuera, ó no habérselo mostrado nunca á los hombres, ó no quitárselo jamás! ¿Porqué hemos de sobrevivir al gran Sesostris? Ya, decian los jóvenes, ya se han desvanecido las esperanzas de Egipto. ¡Qué felicidad la de nuestros padres en haber pasado su vida bajo el gobierno de tan buen rey! pero nosotros, solo le hemos conocido para sentir su pérdida. Sus criados le lloraban noche y dia. Los moradores de los

pueblos mas lejanos acudieron en tropas por espacio de cuarenta dias que duraron los funerales. Cada cual queria ver por la última vez el cuerpo de Sesostris, para conservar su imágen; y muchos hubieran querido ser con él sepultados.

Pero lo que aumentaba mas el sentimiento de su pérdida, era que su hijo Boccoris no tenia humanidad con los estrangeros, ni aficion á las ciencias, ni amor á la gloria, ni estimaba á los virtuosos. La misma grandeza de su padre habia contribuido á hacerle tan indigno de reinar. Criado en la molicie, y en una especie de fiereza brutal, no tenia en nada á los hombres, pareciéndole que solo habian nacido para él, y que eran de una naturaleza diferente de la suya. Solo pensaba en satisfacer sus pasiones, y disipar los inmensos tesoros que con tanto cuidado habia ahorrado Sesostris; en afligir á los pueblos, desangrar á los infelices, y por fin en seguir los lisonjeros consejos de los jóvenes insensatos que le rodeaban, al paso que alejaba de sí con menosprecio á los sabios ancianos que habian merecido la confianza de su padre. En una palabra era un monstruo, y no un rey Todo el Egipto gemia; y aunque el nombre de Sesostris, tan caro á los Egipcios, les hiciese sufrir la cruel y pérfida conducta de su hijo, este corria por sí mismo á su perdicion, y era imposible que un príncipe tan indigno del trono reinase mucho tiempo.

Quedé ya sin esperanzas de volver á Itaca. Vivi en una torre, á la orilla del mar, cerca de Pelucio, donde habia de efectuarse mi embarque si Sesostris no hubiese muerto Metofis habia tenido la destreza de salir de prision y de reponerse en gracia con el nuevo rey, y me habia hecho encerrar en aquella torre, para vengarse de la desgracia que yo le habia causado. Pasaba los dias y las noches en la mas profunda tristeza: todo cuanto me predijo Termósiris y habia oido en la cueva no me pareció mas que un sueño. Hallábame sumido en el dolor mas amargo. Veia las olas que venian batiendo el pié de la torre donde estaba preso; muchas veces me ocupaba en mirar navios agitados por la borrasca, que estaban en peligro de estrellarse contra las rocas sobre las cuales estaba edificada la torre. Lejos de compadecer á aquellos

hombres amenazados de naufragio, envidiaba su suerte En breve, me decia a mí mismo, tendrán fin las desgracias de su vida, ó llegarán á su patria: mas ¡ay de mí! que no puedo esperar ni lo uno ni lo otro!

Mientras que así me consumia en inútiles pesares, ví como una selva de mástiles de navio. Estaba cubierto el mar de velas que los vientos hinchaban; las olas estaban espumando á los golpes de innumerables remos. Oía por donde quiera una confusa gritería; sobre la playa, veia parte de los Egipcios azorados que corrian á las armas, y otros que parecia iban al encuentro de la armada que llegaba. Luego conocí que aquellas naves estrangeras eran unas de Fenicia, y de la isla de Chipre las otras: ya empezaban mis infortunios á darme algunos conocimientos respectivos á la navegacion. Pareciome que los Egipcios estaban divididos entre sí; y no tuve dificultad en creer que el insensato Boccoris hubiese con sus violencias causado alguna rebelion, y encendido la guerra civil. Con efecto, desde lo alto de la torre fuí espectador de un sangriento combate.

Los Egipcios que habian llamado en su socorro a los estrangeros, despues de proteger su desembarco, atacaron á los otros Egipcios á cuya cabeza venia el rey. Veia á este rey que animaba á los suyos con su ejemplo; parecíase al dios Marte: a su rededor corrian arroyos de sangre; las ruedas de su carro iban teñidas en una sangre negra, espesa y espumante; y apenas podian pasar por encima de montones de cadáveres destrozados. Este jóven rey, bien formado, vigoroso, y de una fisonomía noble y arrogante, tenia pintados en sus ojos el furor y la desesperacion. Era como un hermoso caballo que no tiene boca: su brío le empujaba á la aventura, y la prudencia no moderaba su valor. No sabia reparar sus faltas, ni dar órdenes oportunas, ni prever los males que le amenazaban, ni contemporizar con aquellas personas de que tanto habia menester; y no por falta de talento, que sus luces eran iguales á su valor; pero, como nunca habia aprendido en la adversidad, les fué fácil á sus maestros pervertir con la lisonja su buen natural. Embriagado con su poder y su fortuna,

creia que todo debia ceder á sus fogosos deseos, la menor resistencia exaltaba su cólera, y ya entonces ni raciocinaba ni estaba en sí: su orgullo desenfrenado le trasformaba en fiera. Su bondad natural y su recta razon le abandonaban al instante. Hasta sus mas fieles criados se veian precisados á huir de él. Solo los que adulaban sus pasiones merecian su cariño: así tomaba siempre partidos estremados contra sus verdaderos intereses, y obligaba á todos los hombres de bien á que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre de sus enemigos; mas al fin sucumbió. Yo le ví morir; atravesóle el pecho el dardo de un Fenicio; fuéronsele las riendas de la mano, y cayó del carro á los piés de los caballos. Un soldado de la isla de Chipre le cortó la cabeza, y cogiéndola por los cabellos, la mostró como en triunfo á todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre; aquellos ojos cerrados y amortecidos, aquel rostro pálido y desfigurado; aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas; aquel aire altivo y amenazador que ni aun la muerte habia podido borrar. Toda mi vida estará pintado ante mis ojos; y si los dioses me concediesen que reine algun dia, no olvidaré, despues de tan funesto ejemplo, que un rey no es digno de mandar, ni es feliz en su poder, sino en cuanto le somete á la razon. Porque ¡qué mayor desgracia para un hombre destinado á ser el autor de la felicidad pública, que ser el dueño de tantos hombres solo para hacerlos desgraciados.

Un soldado de la isla de Chipre le cortó la cabeza.